

LA ILUSTRACION DE LA MUJER



Año I

BARCELONA, 1.º DE AGOSTO DE 1883.

Núm. 5

GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES



MATILDE DIEZ, dibujo original de Paciano Ross.

SUMARIO.

TEXTO.—LA VÍSPERA.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Matilde Diez, por B.—ALEJANDRA, PRINCESA DE GALES.—EN EL BAILE DE BODAS, por X.—EL JARDÍN, por D. Nicolás Díaz de Benjumea.—REVISTA MADRILEÑA, por D.ª Josefa Pujol de Collado.—LA CAPA DEL ESTUDIANTE, por D. Antonio María.—EL AMOR Y LA AMISTAD, traducida de Tomás Moore, por D. Vicente Medina.—LA LOCA DE LAS TRES CRUCES, (continuación) por Doña María Mendoza de Vives.—CORRESPONDENCIA DE PARÍS, por Ego.—PENSAMIENTOS, D. Manuel del Palacio.—NO SE PASA.—MISCELÁNEA.—ADVERTENCIA.

GRABADOS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: MATILDE DIEZ, dibujo original de Paciano Ross.—S. A. R. LA PRINCESA DE GALES, de fotografía de Bajjano.—EN EL BAILE DE BODAS, copia del notable cuadro de W. Kindler.—NO SE PASA, dibujo original de Roberto Beyfchlag.

SUPLEMENTO.—Revista de modas y salones.

ALBUM MUSICAL.—L'ORPHELIN, romanza para piano y canto, letra de Mr. Knoëpflin, y música de Fermín M.ª Alvarez.

LA VÍSPERA.



A historia de la emancipación de la mujer apenas cuenta medio siglo y ya está en vísperas de terminar su última página, con el glorioso lema de todas las empresas humanas fundadas en la justicia y sostenidas por la razón y la perseverancia. Por primera vez acaba de presentarse en un Parlamento de Europa un proyecto de ley pidiendo el reconocimiento de la personalidad política, el derecho de votar en los comicios, de que siempre han estado privadas las mujeres, como si fuesen ilotas, como si viniesen al mundo sin inteligencia ni voluntad, condenadas á obedecer leyes en cuya formación no han tenido parte alguna.

El mes de Julio de 1883 formará una época notable en los anales de esta gran conquista del bello sexo. Hasta ahora se había hablado y escrito mucho sobre el asunto; pero la voz de los apóstoles parecía resonar en desierto en las regiones oficiales.

Y la nación que da este paso no es la unión norteamericana, hecha á patrocinar toda suerte de innovaciones y paradojas con tal de hacer ruido y llamar la atención del soñoliento viejo mundo. No es tampoco la Francia, que tan á prisa anduvo para derribar todo lo antiguo, y tan amiga se mostró siempre de propagar y naturalizar toda idea noble, justa ó generosa. Ni son España ó Italia, tan galantes con el bello sexo desde tiempos inmemoriales. Es, por el contrario, una nación fría, seca, positiva, prosaica, que jamás se encandila con ideas deslumbradoras, ni se acalora con teorías, ni vive con dorados sueños, ni habita en castillos en el aire, ni atiende más que á las cosas serias, graves y útiles.

Inglaterra, que es la nación á que aludimos, no ha fundado escuela como los Estados Unidos, ni enviado como Nueva York por ese mundo adelante á dos señoritas misioneras, predicando á las gentes las verdades del nuevo evangelio femenino. Inglaterra no ha intimado á los alcaldes como Italia que preparen un censo con la mira ulterior de dar el voto á las mujeres, ni ha tenido un Dumas que escriba un folleto de sensación con el rebuscado título de *Las mujeres que votan y las que matan*. Pero, en cambio, ha contado en su seno un diputado á Cortes, Mr. Mason, que tomando al toro por los cuernos, y sin más prólogos ni preámbulos, presenta un proyecto de ley en toda regla, pidiendo el sufragio electoral para las mujeres.

Pero ¿qué importa eso, dirán los adversarios al movimiento, si fué desechado por la Cámara?

Es que hay derrotas que son victorias. En un Parlamento como el de Inglaterra, una mayoría de 16 votos en contra, en cuestión de esta naturaleza, es como señalar la víspera del triunfo definitivo. Hace diez años nadie osaba iniciar la cuestión en el templo de las leyes, por no exponerse tal vez á contar con media docena de votantes en pró. Muy avanzadas deben estar hoy las corrientes de la opinión cuando sólo tropieza el *Bill* en una insignificante mayoría de 16 diputados. Esto es como tomar el pulso al Parlamento, y en la próxima tentativa desaparecerá tan pequeño obstáculo. La cuestión es ya

de hecho. Depende de tiempo y de forma y esto es un gran paso.

Y ¿queréis saber, lectoras, los escrúpulos ante los cuales se han detenido esos diez y seis recalitrantes? En que la mujer votará por influjo y dirección del hombre, ó dejará de votar por indiferencia.

En lo primero no estamos conformes. Considerando á la mujer como la pintan los que la niegan todo derecho, parécenos que más bien será al contrario, y que el día en que las mujeres tengan voto electoral, los hombres votarán lo que ellas quieran. Después de todo, ¿cuántos hombres hay en una nación que voten por criterio y voluntad propia? Valdría ese argumento si la experiencia no nos mostrase esa debilidad crónica de los electores masculinos, que no dan sus sufragios sino á las personas que le recomiendan el primer advenedizo.

En cuanto á lo segundo también tenemos el sentimiento de diferir de la opinión de los vencedores. En cuestiones de voluntad nunca puede ser la mujer indiferente, y aquí no se trata de otra cosa, que de apoyar ó rechazar á un candidato.

Por de contado, que esto es hablar de memoria. Si tal se dijese de los hombres, á quienes hay que darles hechas las candidaturas, llevarles en coche á los colegios electorales, darles luego de comer, y si no es á cambio de esto, no se acuerdan de su derecho de sufragio, hablarían con pulso y poniendo el dedo en la llaga. La mujer *podrá ser* indiferente pero el hombre *lo es ya*, y no por eso se le priva del voto.

Y ¿quién sabe si la nueva levadura femenina reanimará la adormecida conciencia de los ciudadanos? Fijad la vista en todos los actos, funciones ó instituciones humanas, y las hallaréis marchitas, decaídas, moribundas cuando sólo los hombres intervienen. Donde no está la mujer, anda mohina y cari-acontecida la humanidad. Renace la vida en los Parlamentos cuando la mujer asiste á sus tribunas. La administración de justicia no ha tenido esplendor hasta que asistió la mujer á los juicios orales y á las vistas de las causas célebres. Los claustros de las universidades hacían tiritar de frío, hasta que la mujer reanimó con su presencia las investiduras del doctorado. Las recepciones de académicos, los certámenes literarios, juegos florales y sesiones de los Ateneos, morían de monótonas y tísicas hasta que la mujer les infundió nuevo espíritu y entusiasmo.

Ved en cambio los *clubs*, donde el hombre se aburre colectivamente ó tiene que apelar al juego para no bostezar: ved la masonería decaída, cadáver en todas partes excepto donde la mujer tiene en ella participación más ó menos directa. Recordad, en fin, los clamores de la prensa republicana de París, en el pasado año, declarando muerto el sentimiento de la patria y el espíritu público liberal en vista de la inercia del ciudadano en los días de elecciones.

Ningún mal puede pues sobrevenir con la saludable intervención de la mujer. El día no está lejano, y hoy por hoy podemos felicitarnos de que asistimos ya á la *víspera*.

GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

MATILDE DIEZ.

Nació esta insigne actriz en 1818, en la villa y corte de Madrid, de padres hidalgos, así en la sangre como en sus opiniones, por cuya razón fueron desterrados á Portugal. Niña aún, de nueve años, había dado ya Matilde muestras tales de su disposición para el teatro, que fué contratada por el empresario del de Sevilla para representar *niños de ambos sexos*, y en efecto, la patria del insigne representante Lope de Rueda fué el primer campo de los triunfos de tan precoz artista, que se estrenó con un interesante monólogo para ella expresamente escrito, con el título de *Mariquilla la Golosa*.

La escena española pudo regocijarse entonces de poseer en aquella graciosa miniatura los lineamientos de una consumada artista, y los escritores notables de aquella época se esforzaron por contribuir al desarrollo de sus facultades y talento. Nicasio Gallego, Martínez de la Rosa, Espronceda, Luna y Grimaldi formaron el pedestal en que pudiese verse aquella pequeña figura, y cuatro años después de su estreno en Sevilla, representaba á *Cristina ó la Reina de quince años*, con todos los asomos y puntos de primera dama.

A su llegada á Madrid en 1834, Matilde plantaba su cartel, cual otro Don Juan Tenorio, obligándose á sobresalir en drama, tragedia, comedia de costumbres ó sainete, en pintura de caracteres y tipos de todas las esferas sociales; cumpliendo su demanda de tal modo, que no hay producción del teatro antiguo ni moderno representada en la corte por aquel

tiempo, en que Matilde Diez no sobresaliese, mostrándose digna sucesora de María Ladvenant, Baus, y Concepción Rodríguez. Ella hizo verdaderas creaciones en *Gabriela de Belle Isle*, *Clotilde*, *El poetaastro*, *Arte de conspirar*, *Macbeth*, *Angelo*, *Catalina Howard*, *Pilluelo de Paris*, *Cecilia la ciegucecita*, *María Estuardo*, *Carlos II el Hechizado*, y *Margarita de Borgoña*. Ella rayó á sin igual altura, en las especiales piezas de su repertorio, como *Borrascas del corazón*, *Bandera negra*, *Guzmán el Bueno*, *Isabel la Católica*, *¡Es un ángel!*, *Amor de madre*, *El Suplicio de una mujer*, *Venganza Catalana*, *Doña Urraca de Castilla*, *Por derecho de conquista*, *Los amantes de Teruel*, *Don Francisco de Quevedo*, *Sancho García*, *El haz de leña*, *El toisón roto*, *El Juez de su causa*, *La espada y el laud*, y otras muchas que sería prolijo citar, y nadie como Matilde supo interpretar las figuras de nuestro espléndido teatro antiguo, ni revivir los personajes de pasadas épocas con la verdad y relieve con que los caracterizaba en *El Desdén con el desdén*, *La niña boba*, *Entre bobos anda el juego*, *Mari-Hernández la Gallega*, *La esclava de su galán*, *Lo cierto por lo dudoso*, *La dama duende*, *Marta la piadosa*, *No hay vida como la honra*, *Dar tiempo al tiempo*, *El socorro de los mantos* y otras muchas de nuestro siglo de oro.

Finalmente, el teatro moderno ó de nuestro renacimiento halló en Matilde la artista que acertara á desear el más descontentadizo de los autores; y desde Don Ramón de la Cruz con sus inimitables sainetes, y Moratín con sus inimitables comedias, realzó en la escena todo el fecundo teatro de Bretón de los Herreros, y las más notables producciones de Ventura de la Vega, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Rubí, Eguilaz y demás autores contemporáneos.

Al fundarse en Madrid el Teatro Español, Matilde Diez ocupó el primer lugar; pero ya entonces había empezado á regir la ley del movimiento giratorio, y la necesidad de transmigrar en los artistas, y Matilde fué á hacer la indispensable peregrinación al Nuevo-Mundo. Su permanencia en América fué dilatada, pues se extendió hasta 1859, pero en cambio se señaló por una serie no interrumpida de triunfos.

A su vuelta á España apareció con el incomparable Romea en el teatro del Circo, de Madrid, y volvió á reanimar la escena española al calor de estos dos genios en la representación. Era Matilde, según se expresa uno de sus biógrafos, uno de esos genios meridionales, impresionables. Dotada de gran sensibilidad y de espíritu de observación, llevó á un grado de naturalidad inimitable la expresión de los afectos, desenvolviendo al mismo tiempo la gracia más fina y delicada en el campo vastísimo de la comedia. De todas las grandes dotes físicas de Matilde, ninguna como su voz pura, sonora, argentina, flexible y vaga unas veces como los ecos de un arpa eólica, profunda y grave otras como las notas del órgano ó el melodium.

En versatilidad y prodigioso alcance de genio artístico, Matilde es casi única en la historia del teatro. Si en el drama social y romántico sabía mover las más ocultas fibras del alma, era inimitable en la frescura y originalidad de su vena cómica. Tenía el gran arte de fundir el espíritu y la forma, lo ideal y lo real. Existió un mundo excesivamente pintoresco de grandes señoras, mujeres agudas, madres y esposas de la clase media, manolas y beatas, damas zafias y elegantes, que ha desaparecido de la escena con la maga que lo reproducía en el gesto, la actitud, el traje, la voz y los movimientos.

Tal fué Matilde Diez, escribe un su admirador, nombre que graba con letras de oro la historia del proscenio español contemporáneo. Artista ilustre que compartió con Teodora Lamadrid el cetro del drama, y que en el género cómico, social y clásico no conoció rival. Mujer discreta y afabilísima en el trato íntimo; regocijo de la musa dramática, asombro de su siglo; primera actriz de Cámara, como la llamó Doña Isabel II; ornamento de los grandes salones; primera maestra de la declamación femenina oficial; dulce madre, consuelo del necesitado, protectora de la juventud y buena amiga.

Su muerte, acaecida en 16 de Enero de este año, fué universalmente sentida por todos los amantes del arte escénico español, y sus admiradores se proponen pagar en algún modo el tributo debido á sus peregrinas dotes, elevando un monumento que guarde las cenizas de la que fué por mucho tiempo la *Perla* del teatro español.

ALEJANDRA, PRINCESA DE GALES.

Esta ilustre dama, esposa del heredero del trono de Inglaterra, hija del Rey de Dinamarca y hermana mayor de la actual Czarina, hace tiempo que es celebrada más por sus dotes morales y virtudes domésticas, que como princesa de tan alto rango. El alejamiento de la reina Victoria de la vida cortesana, desde la muerte de su consorte el Príncipe Alberto, ha hecho que el príncipe y la princesa de Gales desempeñen

casi todas las funciones pertenecientes á la majestad real como por delegación, y el pueblo inglés considera á Alejandra como su verdadera reina para los asuntos prácticos de la vida social y política.

Cinco hijos ha concedido el cielo á su unión con el popular Príncipe de Gales, y su discreción y natural bondad, así como la severa etiqueta de su casa, han logrado mantener el respeto y consideración que las inclinaciones un tanto democráticas de su esposo, pudieran haber enfriado en sus relaciones con el pueblo. Hoy son ambos verdaderos ídolos en la sociedad inglesa.

EN EL BAILE DE BODAS.

Los señores poetas nos han estado engañando por siglos, con la pintura de la inocencia, sinceridad y verdad de los afectos en las gentes habitadoras de los campos. Hasta nos hicieron creer que no sabían lo que era el oro, ni los males que en las ciudades ha traído este vil metal.

Luego que se inventaron los ferrocarriles, y los críticos empezaron á visitar cabañas, aldeas y lugares, vieron que en todas partes se cocían habas y entre las gentes de pellico, á calderadas. Nuestra lámina representa una fiesta campesina en celebración de los esponsales de dos jóvenes. El futuro esposo estaba enamorado de una muchacha tan buena como pobre de fortuna. Los padres le conciertan un casamiento con otra, que no llevará billetes de banco ó acciones de gas y compañías de crédito; pero sí muy buenas yuntas de bueyes, y algunos miles de ovejas y carneros.

Magnífica situación para un artista de sentimiento. Mirad la rival vencedora, con qué fruición dirige sus miradas á la vencida. ¡Qué drama tan triste se desarrolla en el corazón de la infeliz doncella, apartada de la fiesta, y con solo una amiga, que la sostiene y conforta en su desgracia!

Y arriba y abajo, y ahora y siempre, Don Dinero es el rey y el gallo.

EL JARDÍN.

Es máxima de los hombres prácticos, que si no puede tenerse el todo, debe conseguirse la parte. Principio de conducta es este que en todas las esferas y casos redundante en utilidad y provecho del que le aplica. El jardín, por ejemplo, nos ofrece una excelente oportunidad de convencernos de esa verdad tan sencilla. Todo sér racional, y especialmente la mujer, ama los jardines, y si en su mano estuviera, cada cual desearía ser dueña de uno tan espléndido y encantador como los más celebrados de la China, de Nínive famosa, Chipre renombrada, ó siquiera como los de Versalles en la culta Francia, ó los de Kew en la opulenta Inglaterra. Siendo esto imposible, unos pueblos se aduermen resignados y otros se despiertan como protestando contra el destino que no hizo de cada hombre un Luis XIV. Estos últimos se hacen la cuenta de que si no pueden tenerlo todo, pueden tener una parte, y si no ser los dueños de un jardín que cubra veinte fanegas de tierra, por lo menos les es posible ser propietarios de uno que mida algunas varas cuadradas.

No voy á tratar aquí de la situación de los jardines, calidad y modo de preparar la tierra, ni de los accesorios necesarios á la jardinería, ó sea del cultivo de las bellas flores en su parte técnica ó facultativa. Más importante y general es mi propósito, que es hablar de los jardines en sus relaciones con la cultura moral y sanitaria de los pueblos, y desde luego se comprende que mayor influjo alcanzan bajo este punto de vista los jardines pequeños, el cultivo en infima escala, en una palabra, el jardín casero, que no los grandes *parterres* que pueda sostener el Estado, dirigidos por arquitectos y hechos con arreglo á los más perfectos planos, ó copiados más á la flor de los famosos de Stowe ó Ermenonville.

El jardín pequeño, apéndice de la casa del hombre civilizado, es el único que está llamado á producir todas las ventajas físicas y morales que á este refinado cultivo se debe, en cuanto está bajo la dirección y el cuidado inmediato y directo de la familia y no de jardineros asalariados; es el producto del refinamiento en los gustos y aficiones del ciudadano; es la naturaleza de gala, el encanto á la mano, el placer de todas las horas; en una palabra, tener parte continúa en el gran sacerdocio é interpretación de los secretos de la naturaleza. No bastan para vivir el techo y el lecho, la mesa y el traje, como no bastan para el recreo y solaz la biblioteca pública ni el circo nacional.

Con todas estas condiciones vive el sér como en el aire, y sin ejercer, cual si dijéramos, un acto *posesivo* de su carácter de ministro é intérprete de la naturaleza. Entre el labrador y el trabajador, entre el hombre del campo y el de la ciudad, ha habido siempre un abismo que sólo puede cerrar el jardín casero. El que trabaja no puede ir al campo; pero el campo puede venir á él en cierto modo, por medio del cultivo de la jardinería, parte indispensable de los recreos domésticos en todos los pueblos que se nos presentan cual modelos de imitación. En los planos de las ciudades de la higiene que hoy se labran en los Estados Unidos y en Inglaterra, el requisito más indispensable de las construcciones es que cada casa tenga anexo un jardín. Tal vez una de las causas de que Londres, con toda la inclemencia de su atmósfera y los daños inherentes á una población de cuatro millones de habitantes, sea uno de los puntos en que más desciende la escala de la mortalidad, pro-

viene de la abundancia de jardines, de que no carecen aun las más pequeñas moradas.

Llegará el día en que la vida cívica no será completa; en que el hombre en sociedad estará desnaturalizado sin poseer un jardín para su familia, como se cree desnaturalizado en política, si no se le conceden los derechos individuales. Ya dijo en una ocasión solemne el jefe del partido liberal inglés, que la emancipación del trabajador no llegaría á verificarse hasta que toda familia en esta clase no poseyese un pequeño jardín unido á su vivienda. Esto, que tiene apariencia de paradoja, no lo es ciertamente, y la verdad y la prueba de los hechos se nos impone aunque queramos cerrar los ojos. Las razas del Norte, reflexivas, concentradas y domésticas por excelencia, estudian más los hechos que las teorías, y llegan á comprender, que, después de todo, y á pesar de lo flamante de la imaginación latina, hay que pasar por cierta disciplina familiar é individual para la consecución del bienestar común, y que para gobernarse los hombres políticamente por sí propios, han de pasar por gobernarse también en otras esferas más reducidas y sencillas.

Aunque no sea más que por egoísmo, debía toda familia aspirar á la posesión de un jardín que, por pequeño que sea, satisficiera á infinitas necesidades del sér y contribuyera en gran manera á la moralidad. Un escritor contemporáneo ha dicho que es imposible haya grandes criminales amantes de las flores. El cultivo de estos privilegiados frutos de la naturaleza, no por ser en pequeña escala deja de producir inmensos frutos, entre ellos el de acostumbrarse desde la infancia á observar las estaciones, estudiar la manera misteriosa del arraigo, crecimiento y desarrollo de las plantas y las flores, escogitar los medios de favorecerlas antes que destruirlas, ocupar el tiempo en cosas que tanto asientan en el niño ó en el joven, como en el hombre maduro y sabio, sentirse ennoblecido, digno y santificado en el solo hecho de amar á las plantas y de contribuir al aumento de producción en la naturaleza.

Todo esto es tanto más asequible cuanto menores son las dimensiones del cultivo. No son los que más gozan los propietarios de grandes jardines, sino aquellos que pueden abarcarlo con una sola mirada, cuya mirada se extiende á todas sus criaturas vegetales; que no necesita, como los reyes ó grandes señores, de agentes intermediarios, sino que todo vive y respira bajo su amoroso cuidado y protección. Este es el verdadero ideal del jardín.

Paul de Kock, con una gracia inimitable, pinta en una de sus novelas, la felicidad inefable de un padre de familia, habitador de una pequeña casa con diminuto jardín; pero en cuyo cultivo se ocupaban todos diariamente, regándole y cuidando de los frutos sin que ninguno escapara á su solicitud, hasta que el demonio de la ambición les llevó á una espléndida morada con jardín tan extenso, que no sólo concluyeron aquellos goces y saludables ejercicios, sino que en la imposibilidad de tener verde y florido césped, hubo que recurrir á comprar una inmensa alfombra de hule de este color, para contentar siquiera la vista desde lejos. No es la cantidad, sino la calidad, lo que se requiere, y mientras más pequeños los jardines, más se gozan y más útiles son á sus dueños.

La pasión por esta clase de jardines diminutos existe real y verdaderamente en Inglaterra, y mis lectores pueden sacar la consecuencia por sí mismos, respecto á si esta afición ha influido en su desarrollo político. Como quiera que sea, subsiste el hecho de que el pueblo más jardinero, es al mismo tiempo el pueblo que mejor ha sabido gobernarse. Tal vez parte del secreto consiste en su inclinación á la vida en caseríos ó quintas, en donde no sólo el jardín sino el campo, en general, la huerta y aun un pequeño parque, se une á las demás granjerías y labores de la vida rústica; pero lo cierto es, que no sólo en el fértil y deleitoso condado de Devón, sino en las cercanías mismas de la negra Birmingham hay centenares de pequeños jardines cultivados por trabajadores, y Londres cuenta centenares de miles de esta clase.

¿Y quién no puede lograr estos goces? Semejante ideal se halla al alcance de todos, y no falta más que la voluntad, la persuasión de lo mucho que se pierde con perderlos y lo poco que se gasta para gozarlos. No debe olvidarse que el jardín representa en la tierra lo que las artes y goces de la cultura en sociedad; que la tierra comenzó agreste y salvaje con inmensos bosques y malezas, y que el jardín primitivo de la Mesopotamia parece como una sombra profética del inmenso jardín del porvenir. El amor á las flores es una de las más agradables impresiones de la infancia, y es doloroso que tan saludable y noble sello se borre á medida de los años en el laberinto de otros placeres y negocios. El cultivo de las plantas obliga á ejercitar el pensamiento y á meditar sobre objetos dignos de él, y, lo que es más, á acostumbrarnos á estudiar el gran libro de donde toma el hombre toda su ciencia.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

REVISTA MADRILEÑA.

La verbena del Carmen ha estado este año sumamente concurrida. Una plácida noche de verano invitó á los bulliciosos madrileños á salir de sus casas, y como consecuencia de esta agradable invitación, una inmensa y abigarrada multitud invadida por completo las calles del Carmen y Alcaía, discurriendo alegre y alborotadora por delante de la prolon-

gada fila de puestos, donde se vendían con profusión flores, rosquillas y juguetes. Los dulces sones de guitarras y bandurrias, los cánticos de las bulliciosas comparsas que se dirijían al Prado, esos mil ecos indefinibles que produce Madrid cuando su vecindario se echa á la calle ganoso de divertirse, ahogaban los juramentos de amor, las apasionadas protestas que se deslizaban misteriosamente al oído enamoradas parejas y dejaban indelebles recuerdos en la mente de gran número de familias, habituales concurrentes á las verbenas, y que sólo en esa época del año se permiten lo que se permite en todo tiempo el madrileño *pur sang*; el vicio funesto de trasnochar.

Tal ha sido en resumen y trazada á grandes rasgos, la verbena del Carmen, mucho más alegre y concurrida que las de San Juan y San Pedro, celebradas há poco en la histórica villa del oso y del madroño.

España, honrándose á sí misma al honrar á sus ilustres hijos, acaba de conceder, por medio de su Congreso de diputados, una pensión vitalicia al insigne poeta Zorrilla. Hora era ya de que se premiara de una manera pública y solemne los méritos del anciano poeta que, olvidado y enfermo, vagaba errante de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, recitando sus preciosas composiciones, ecos de la España de otros tiempos, no en los legendarios castillos de la caballería Edad-Media, sino en los escenarios de nuestros teatros modernos, á fin de ganarse el indispensable sustento.

El autor del poema *Granada, Margarita la tornera, La Tempestad* y tantas otras joyas valiosísimas de la poesía moderna, en cuya dulce lectura se ha educado la actual generación, ha sido defendido, honrado, enaltecido en la cámara popular, y de un modo elocuentísimo, por el más elocuente de nuestros oradores.

El resultado, como no podía menos de suceder, ha respondido al noble esfuerzo de Castelar; la Cámara por unanimidad ha aprobado la pensión propuesta.

I comici tronati, humorada lírica de los Sres. Cuesta y Palomino de Guzmán, con música del maestro Mangiagalli, ultimamente estrenada en el Teatro de Recoletos, obtuvo favorable acogida por parte del público. La producción que nos ocupa es una especie de *potpourri* de piezas musicales de ópera y de zarzuela deliciosamente engarzadas unas con otras por el maestro Mangiagalli, y al cual sirve de motivo un sencillo pero gracioso argumento, consistente en unos pobres cómicos que, por exigencias de un alcalde de pueblo, se ven obligados á representar en italiano. Como comprenderán nuestras lectoras, el argumento se presta á despertar la hilaridad entre los espectadores merced al grotesco relieve que toma el dulce idioma del Dante en boca de aquellos actores que le desconocen por completo. El público aplaudió muchas de las graciosas ocurrencias en que abunda la obra, los actores todos se empeñaron en interpretar á maravilla sus respectivos papeles, distinguiéndose especialmente la Sra. García, el barítono Pinedo y los Sres. Moreno y Sánchez.

A la terminación los autores fueron llamados al palco escénico, y es seguro que *I comici tronati* proporcionará pingües ganancias á la empresa del favorecido Teatro de Recoletos, dando lugar á numerosas representaciones.

Ha fallecido el conocido y respetable publicista don Juan Alvarez de Lorenzana, vizconde de Barrantes y uno de los más dignos representantes del periodismo español.

El día 15 del actual, á las nueve de la mañana, se reunió el funebre cortejo en la casa mortuoria, situada en la calle del Caballero de Gracia, y de allí se dirigió al cementerio de San Justo, donde debía darse sepultura al cadáver. Presidían el duelo el Presidente del Congreso y el Presidente del Consejo de Ministros, figurando en el cortejo monseñor Isbert, don Venancio González, D. Tiburcio Rodríguez, los Sres. Valera, Díaz Benjumea, Méndez Vigo, Muñiz, general Tasara y gran número de senadores y diputados.

Al llegar al cementerio se dijo una misa de cuerpo presente, monseñor Isbert rezó el último responso y enseguida se procedió á la triste ceremonia de dar sepultura á los restos del ilustre escritor que tanto supo distinguirse en el árido campo del periodismo.

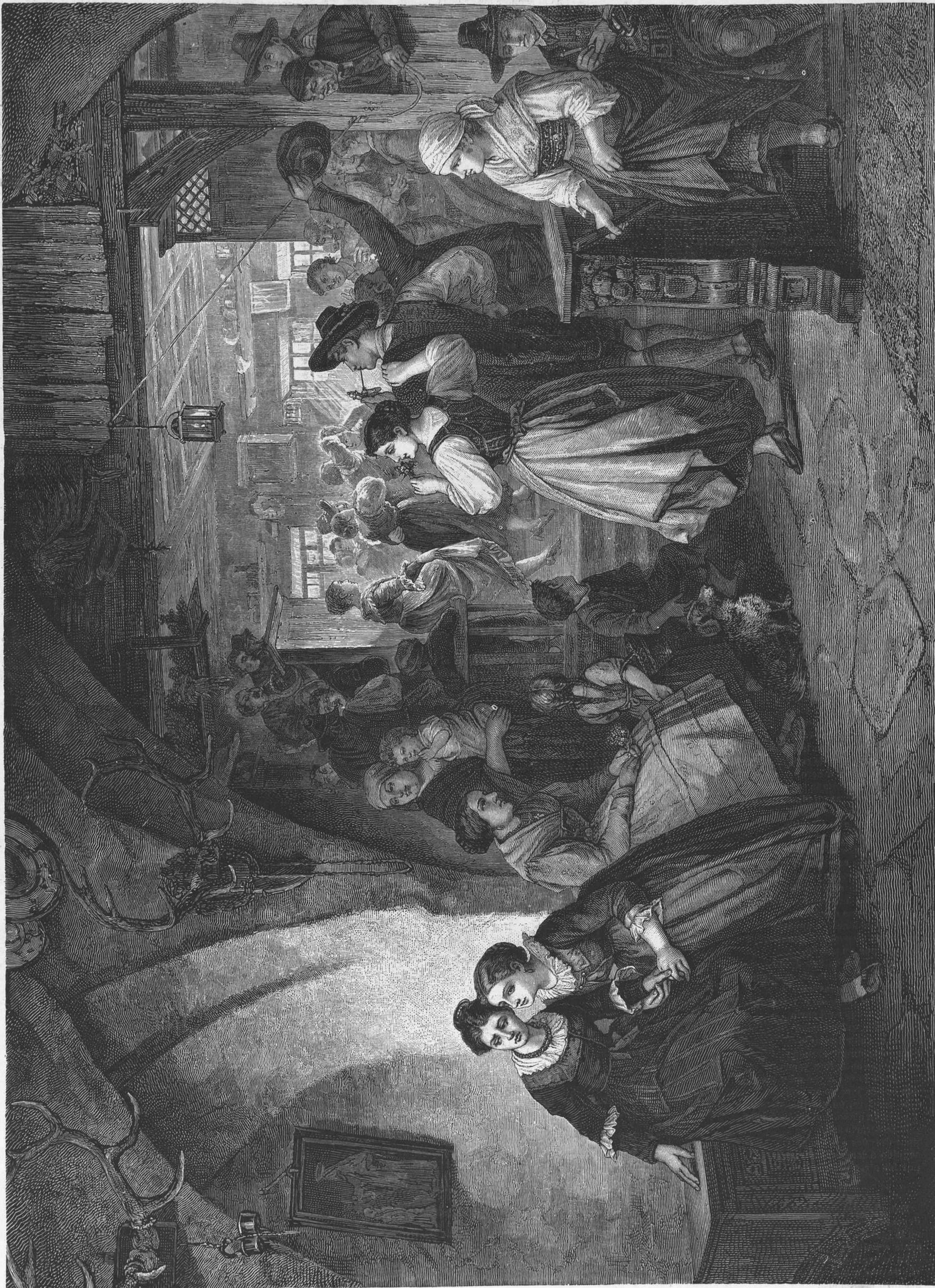
Como consecuencia de los grandes calores que experimentamos se generaliza más cada día el movimiento de emigración veraniega: la marquesa de Selva-Alegre sale para Las Arenas, para Guetaria la Sra. de Alvarez y sus hijas, para Zarauz la condesa de San Luis, la Duquesa Angela de Medinaceli para la Granja y para el mismo punto los duques de Ahumada, marqueses de San Saturnino, Valduera y Retortillo, los condes de Puñonrostro y los Sres. de España, Montero, Fabra, Bañer, Roldán, Maza, Castaño, Gómez, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Quando la familia real abandone la corte, quedarán en ella contadas familias de la aristocracia.

Ocupándose há pocos días *El Imparcial* por medio de un extenso y concienzudo artículo de las indudables ventajas que reportaría el gobierno español empleando á las mujeres en Correos y Telégrafos, y tomando pié para sus consideraciones de un luminoso estudio publicado recientemente por la *Asociación para la Enseñanza de la Mujer*, cita á este efecto el mencionado colega los datos que le suministra el extranjero para sus afirmaciones. Francia emplea en el ramo de comunicaciones 5,044 mujeres, Inglaterra 1,556, Suiza 29 en plazas nuevamente creadas, Italia 802, los Estados-Unidos 4,000 y afirma además que-



S. A. R. LA PRINCESA DE GALES, de fotografía de Bajjano.



EN EL BAILE DE BODAS, copia del notable cuadro de W. Kindler.

los gobiernos de las naciones citadas reconocen las ventajas que llevan las mujeres sobre los hombres en el perfecto desempeño de los citados cargos.

Partiendo del principio por nosotros sostenido hace ya bastante tiempo, de que el hogar doméstico y sus atenciones son el terreno más propio para la mujer y donde más dulcemente se siente su benéfica influencia, no por eso dejamos de comprender que hay muchas mujeres no llamadas por el destino á ser esposas y madres, mujeres con talento suficiente para desempeñar un empleo que las ponga á cubierto de las necesidades de la vida, y en el cual es indudable hallarian vasto campo donde desarrollar su actividad. En beneficio pues de esta agrupación de mujeres cuyas necesidades merecen ser atendidas si se quieren cortar de raíz muchos vicios sociales, es por lo que se desea destruir absurdas preocupaciones incompatibles de todo punto con la marcha progresiva de los modernos tiempos. A este efecto dentro de breves días aparecerá en la *Gaceta* una real orden autorizando á las mujeres para que puedan dedicarse á los estudios y profesión de cirujano-dentista.

Por algo se empieza.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 26 de Julio de 1883.

LA CAPA DEL ESTUDIANTE.

I.

Allá, á principios del siglo, en las plazas y en las calles, si no brillaba la luna, la oscuridad era grande.

Solamente se veía alumbrando alguna imagen, tal cual farol mustio, y triste con empañados cristales.

En un extenso aposento de una casa de hospedaje, al rededor de una mesa, estaban cuatro estudiantes.

A la par que con destreza manejan dinero y naipes, apuran varias botellas, que llaman néctar de ángeles.

El velón que les alumbraba se va quedando sin *sangre*, y en vano es que un alfiler la torcida estire y saque.

—Compadres, dice uno de ellos, con donaire levantándose, ni un maravedí me queda... Con la música á otra parte.

Me voy á buscar fortuna, bien puede ser que la halle, deshaciéndome el bautismo, que tropezar es muy fácil, en Sevilla, á tales horas, por sus endiabladas calles.

—O te tropieze un truhán— otro exclamó,—y de coraje, por que no saca dinero, del cuerpo el alma te saque.—

—O encuentres un alma en pena, otro añadió, en tono grave, que hoy es día de difuntos, y vendrán á pasarse.

—Ni á vivos ni á muertos temo, dijo el osado estudiante, y lo escribió en un papel con letras claras y grandes.

Si hay alguno que lo dude y que no tema quedarse sin diez doblones de apuesta que estoy dispuesto á ganarle, yo juro por mi patrón, si, por mi patrón San Jaime, que en San Vicente ahora mismo, va este papel á clavarse.

—¡Bravo! contestó el tercero, yo sostengo por mi parte la apuesta; quiero saber si tienes valor bastante para interrumpir el sueño de los que en la fosa yacen.

—Pues lo vas á ver muy pronto, que nunca juré yo en valde. Una escalera, un martillo, y un buen clavo, habeis de dar-me.

El temerario salió poco después á la calle, seguido á larga distancia por los otros estudiantes.

II.

Entonces era costumbre, depositar los cadáveres en la Iglesia, y allí mismo, santa sepultura darles.

En la tapia del osario, el atrevido estudiante asegura la escalera; luego, el manto cruzándose, le sujetó bajo el brazo, y haciendo orgulloso alarde de su valor, hasta el fin

subió, sin intimidarse.

La oscuridad es completa, fuerte y helado es el aire, y allí, en un cercano huerto gime al sacudir los árboles.

En la torre, la nocturna agorera de los males deja escapar un graznido, que da pavor escucharle.

Suspense quedó un momento, y algo turbado D. Jaime, pero el golpe del martillo se oyó al punto, prolongándose.

Ganada estaba la apuesta, mas al ir á separarse de la pared, el terror helado dejó su sangre.

Alguna invisible mano le retiene, sujetándole de tal modo y con tal fuerza que es imposible zafarse. Su alma sin fé y descreída tembló medrosa y cobarde: dominado por un vértigo, inclinose hacia adelante, y sus manos pretendieron en el vacío agarrarse.

Sintió cerrarse sus ojos, sintió las fuerzas faltarle, y como una masa inerte cayó, quedando cadáver.

¿Quién le sujetó? Eso es cuento habrá quien, sin duda, exclame.

Fué una cosa natural, y que no dudará nadie; con el papel, el manto clavó, sin notar clavarle.

A la claridad del día, se vió en la tapia ajitándose, como fúnebre bandera, la capa del estudiante.

ANTONIO MARÍA.

Barcelona 12 de julio.

EL AMOR Y LA AMISTAD.

«A la Amistad, un templo»—dijo Laura encantada— «que en mi jardín se eleve deseo con afán.» Pronto fué construido y sólo en su morada alegórica estatua requería su plan.

A un escultor acude que la ofrece al instante una Amistad, tan bella cual nadie la esculpió; pero tan fría y triste, que la joven amante siente no es lo que ansiosa su mente concibió.

«Nunca»—exclama—«creyera tan poco primorosas las formas y la imagen de esa pura deidad! »Aquél precioso niño, reclinado entre rosas, »representa, á mi juicio, mejor á la Amistad!»

Satisfecha así Laura, le abraza y va ligera con él hacia su templo. Miro la escultor y dijo sonriendo: «No eres tú la primera »que la Amistad buscaba y se llevó el Amor.»

Traducido de los Aires Nacionales de TOMÁS MOORE, por VICENTE MEDINA.

LA LOCA DE LAS TRES CRUCES.

(HISTORIA DE NUESTROS DÍAS).

CONTINUACIÓN.

—Buenas las tengáis vos,—respondióle D. Pedro, y añadió viéndola volverse al sitio que antes ocupaba:—No os quedéis ahí, seguid con nosotros y me ayudaréis á explicar al señor que es forastero, alguna de las cosas que juzga imposibles.

—¡Imposibles! ¿Acaso los hay para Dios?—murmuró la mujer.

Blackstone la miró con una sonrisa digna de Byron.

—Vamos, venid,—repitió D. Pedro con tono de afectuosa insistencia.

La mujer clavó en la rueca el huso, cojió de sobre una rama del árbol una capucha de lana, sacudióla, tercióselas en el brazo y siguió por el mismo sendero baja la faz y el cuerpo ligeramente doblado hacia adelante.

—¿Qué os parece, traerán agua esas nubes?—preguntóle D. Pedro.

La mujer levantó el rostro, tendió su dulce y expresiva mirada por el anubarrado horizonte y respondió suspirando:

—No agua de Dios que refresca y fecundiza los campos, sino funesta tronada: hay algo aquí que desde el amanecer me lo está anunciando,—y con la palma de la mano se oprimió la frente.

—Venga lo que Dios nos mande que él nos dará fuerzas para resistirlo:—replicó D. Pedro, y añadió tras breve pausa:

—¿Qué mirabais con tanta atención?

—El cielo, señor, el cielo á donde nos reuniremos todos si Dios nos juzga con misericordia,—repuso la mujer.

—Allí nos las den todas: chapurreó el inglés que la echaba de *sprit fort* y que habiendo aprendido algunos modismos españoles, se moría por traerlos á cuento.

Mirole su huésped como quien avisa con los ojos la inconveniencia de las palabras: comprendióle mal el forastero y ganoso de imitar la cordialidad y llaneza andaluzas, dirigióse á la anciana preguntándole entre otras cosas si no le cansaba admirar siempre los mismos objetos.

—Nunca cansa lo que bien se quiere,—respondió la mujer.

En aquel momento cortó el aire un silvido largo y estridente; la anciana lanzó un grito, cerró los ojos como si los hubiera herido el fulgor de un relámpago, santiguose rápida, y se volvió de cara á la roca murmurando una oración.

Siguió al prolongado y agudo silvo como la fuerte y ronca respiración de gigantescos pulmones acompañada de un estruendo infernal. Hubiérase dicho que provenía de algún titán aherrojado con dobles cadenas y recios leños, el cual no pudiendo rechazar sus prisiones huía con ellas sacudiéndolas con furia y haciendo retremblar la tierra por que pasaba. Era el leviatán de nuestros días, un tren larguísimo que á todo vapor atravesaba el puente del Ges. Parecía, visto desde la altura, inmenso reptil de anillos metálicos y ojos de fuego que faldeaba la montaña borboteando entre rojas chispas negrisimo humo, el cual flotaba á uno y otro lado de la vía como las revueltas crines de la hirviente cabeza del monstruo.

Cuando éste hubo pasado y extinguidose con la distancia todo fragor, volvióse hacia D. Pedro la anciana tan pálida y convulsa, como si hubiese conmovido todo su sér una descarga eléctrica.

—¿Aun no os acostumbráis á la vista de los trenes?—preguntóle con afecto D. Pedro.

—Ni me acostumbraré jamás,—replicó la mujer,—cuando diviso alguno aunque de lejos, me santiguo y exclamo: ¡Dios mío, librame del dragón como San Jorge á la Princesa.

—¿Por qué os inspira horror uno de los mejores adelantos de la ciencia y el poder del hombre?—preguntó el forastero á la anciana. Mirole ésta en silencio, y luego exaltándose por grados repuso:

—Porque juzgo que en vez de la ayuda de Dios tuvieron la del diablo en esa obra. Mirad, sinó, que pocos árboles y sembrados junto á ella quedan; miradla pasar por debajo de la tierra como los espíritus malos, y aplastar y deshacer, segun dicen, cuanto arrastra si con su igual tropieza.

—Y sin embargo, es un adelanto que pasma por su grandeza.

—Grandeza que nos cabría en la palma de la mano mirada desde allí,—y la mujer señaló el cielo.

—Pero como vivimos en la tierra,—repuso Blackstone á quien la discusión divertía,—hemos de atenernos á esto. ¿Preferiríais al vuelo del águila el lento caminar de la tortuga perdiendo en tanto un tiempo precioso?

—Que no nos ganará por eso una hora más de vida.

—No comprendo obcecación tan ruda,—dijo Blackstone con aire de lástima.

—Peor para vos,—repuso con dignidad la anciana y dirigiéndose á D. Pedro añadió:—Cuando yo era niña y me mandaba mi madre al mercado de Vich con un cesto de fruta en la cabeza y otro de huevos en el brazo, decíame:

—Noya, no te apartes de la carretera que es el camino de Dios, huye la trocha y el atajo que suelen cruzar el prófugo, el ladrón y la gitana; sigue el camino real para que todos vean tus acciones y no te niegue el bueno su honrosa compañía. Desde entonces....

—¡Ja! ¡ja!—exclamó riendo el inglés,—y por esas rancias teorías odiáis los nuevos adelantos? No creía en verdad tan arraigadas en el pueblo español la superstición y la ignorancia. Ja, ja... natural y figura...! y ¿decíame, abuela, cómo no olvidasteis con la edad semejantes paparruchas?

—No siempre se olvida lo que con la leche se mama, y vergüenza tuviera de mi misma, si como vos decís, juzgara los consejos de mi madre,—replicó la mujer cortando bruscamente el diálogo.

Habían llegado á la cima del Puig de las tres Creus: la anciana arrodillose un instante ante la de enmedio, la cual gigantesca é imponente levantábase sobre las otras extendiendo en el aire, como el sol sus luces, sus brazos redentores. Luego apartose un poco, sentose en una piedra, cojió su huso y sombría y silenciosa tornó á su trabajo.

Blackstone y D. Pedro cruzaron la cumbre, después descendieron algunos pasos y colocado el primero en un rellano del monte, contempló con delicia el panorama que á sus ojos se ofrecía.

Bajo un cielo salpicado aquella tarde de pardos y fantásticos grupos hacia el Oriente, jaspeado de cenicientas escamas y plateados festones al mediodía y con un golfo de fuego y oro en el ocaso, destacábanse allá lejos las recortadas siluetas de los montes, y como triste emblema de la soberbia humana el ya mencionado fuerte, el escueto picacho que á par suya se yergue y que parece esperar torreón que le remate, y siguiendo hacia el mediodía la extensa cordillera, otros ruinosos castillejos de inciertos nombres y confusas historias. Y más bajo, como rebaños entre las breñas, las aisladas masías, el antiguo pilar que sostuvo un tiempo la santa reliquia segun unos traída de Tolemaida por el cruzado Colomer, segun otros por maravillosa paloma, y más bajo aún, el seco rastrojo, el maizal de largas hojas y sonantes cañas, el brillante sembrado y los ricos

huertos, ciñendo y salpicando un valle amenísimo, con verdes frondas y blancas fábricas, como si la naturaleza y la industria se hubieran hermanado para embellecerlo. Centellean en él, aquí y allá como diamantes entre esmeraldas, las aguas de infinitas fuentes y de numerosas acequias, mientras los ríos Ges y Ter se cruzan rápidos, bajando el uno hacia el otro y uniéndose cabe estruendoso molino, donde el segundo absorbe por completo al primero para correr con más soberbia y pujanza hacia la muerte. Conanglall y la ermita de Roca Prebera, á larga distancia el uno de la otra y en opuestos puntos del valle parecen flanquearle y defenderle, aquél con la fuerza destructora, ésta con la piedad cristiana. Y sobre todo esto, en medio del espacio, teniendo por fondo las profundidades del horizonte, grand, magestuosa, severa como la vió Constatino en su profético sueño, la Cruz divina en la escarpada cumbre de un calvario. Es el faro que salva en la mar tormentosa, es la idea de Dios sobre el mundo, ¡Dios, el alfa y el homega, principio y fin de todo lo creado!

—¿No bajáis con nosotros?—preguntó Blackstone á la anciana que aún permanecía en el mismo sitio.
—No, señor,—contestó la mujer sin levantar los ojos ni suspender su tarea.
—¿Pensáis pasar aquí la noche?
—Yo no sé nunca qué estrellas cobijarán mi sueño.
—¿Pero no os espanta quedaros aquí sola?
—Sola! no lo estoy jamás.
—¿Tenéis pues quién os acompañe y defienda?
—Tengo á Dios, á quien llevo siempre en el corazón y el pensamiento.
—¿Dios!
—Para mí lo es todo.
—¡Ja, ja! fiate y no corras!

A este impío chiste roja llamarada encendió el rostro de la mujer. Blackstone continuó abarcándola de piés á cabeza con la punzante mirada de sus verdes pupilas, luego dijo:

—Ni Diógenes: basta veros para comprender que teniéndolo todo nada deseáis.

—¿Si deseo, si quiero!—exclamó la anciana, levantándose con tal ímpetu que el inglés retrocedió murmurando:—¿Queréis pues...?

—¡Irme lejos, muy lejos, hasta la mar bravía, y atravesarla aunque me espante; por si hallo á la otra banda tierra de cristianos!—dijo con cólera la anciana, volviendo la espalda al extranjero y sumiéndose por una cañada del opuesto camino.

—No ví tipo igual, ni alcanzo á comprenderle—exclamó Blackstone al reunirse con D. Pedro.

Este que apoyado en la escopeta le esperaba con lleuger al principio de la bajada, replicó:—Lo creo, ella es de ayer y vos de hoy, ella vive de recuerdos y vos de esperanzas, ella mira hacia arriba y vos hacia adelante; un siglo que caminarais juntos por la misma senda, no alcanzaríais á comprenderos... Pero no perdamos un tiempo precioso y lleguemos abajo antes que la noche y la tempestad se nos echen encima.

II.

Después de una cena espléndida, dijo Don Pedro á Blackstone acompañándole á la estancia que ocupara la vispera: Ya conocéis la puertecita que abre á mi estudio, si algo os ocurre, levántate el picaporte y entrad sin reparo: allí leo siempre hasta muy tarde:—y dándole las buenas noches se retiró.

Poco tardó el inglés en apagar su luz y arrojarle en el lecho; estaba rendido, y esperaba dormir larga y profundamente, como la noche antes le aconteciera. Empero, presa de excitación nerviosa, producida por el cansancio, volvíase de uno á otro lado sin encontrar comodidad ni reposo. Por dos veces se levantó, encendió luz, sacudió las almohadas de pluma y tornó á posar en ellas la sien suspirando por el sueño que le huía. Largo rato permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y el pensamiento perdido en los espacios de la fantasía. Luego creyó percibir quejas misteriosas y extraños murmullos. Sobresaltado incorporose y prestó oído: nada, nada, sólo oscuridad y silencio; aquellos rumores debieron ser creaciones del insomnio. Ya iba á reclinarse cuando retumbó la casa toda con el ronco fragor de prolongado trueno.

—Era la tempestad—pensó Blackstone y permaneció inmóvil, con el cuerpo inclinado hacia adelante, asida con una mano la cubierta del lecho y hundida en él la otra, esperando oír el gotear de la lluvia en las hojas de los árboles y los mil susurros del viento al conmover la floresta. ¡Vana esperanza! aquella noche la tempestad sólo tenía la voz imponente del trueno, retumbando lejana y majestuosa en los huecos de los montes. Sin embargo, alternaba con el acento de la altura un grito de la tierra, grito humano, prolongado y tristísimo, como le lanza el viento al desgarrar sus alas por estrechas crujías.

Blackstone saltó del lecho, vistiose á oscuras y se dirigió á la ventana con intención de abrirla.

En aquel instante el lamento se repitió más largo y tristísimo, con una entonación que horripilaba, como horripila en la quietud de la noche la voz de alerta en un pueblo sitiado. Luego sin esperar al trueno siguió hendiendo el aire con su trémula vibración, perdiéndose en el espacio sin hueco que la repercutiese y continuando con algunos intervalos de silencio, siempre con la misma nota y la misma regularidad, como el fúnebre cañonazo en la muerte de una persona regia. Y no parecía queja ó aye de dolor físico, que implora el socorro humano ó la piedad celeste, sino un grito del alma herida que con una palabra breve, pero enérgica y pujante, demanda en su amargura un objeto querido.

Blackstone no vaciló más y abrió de golpe la ventana.

El aire era tan sofocante que amenazó asfixiarle y la oscuridad tan densa que no le dejó distinguir los dedos de la mano. En cambio la voz llegó á su oído mucho más distinta y clara, impresionándole vivamente. Bajo aquella dolorosa sensación, cerró la ventana y penetró en el estudio.

D. Pedro irguió la cabeza, dejó el libro en que leía, levantose y preguntó á su huésped si le había desvelado la tempestad.

La luz, la presencia de D. Pedro y su afable sonrisa, desvanecieron en gran parte la angustia de Blackstone, quien sonriendo á su vez, repuso con ligereza:—La tempestad no; sinó ese grito lastimero; al pronto creíme en un castillo encantado y temí la presencia de algún nigromante que en mi mismo lecho me bajara por escotillón á algun lúgubre subterráneo; pero como vos no tenéis traza de fantasma intangible, y todo en vuestra vivienda alegre los ojos y encanta el espíritu por su serenidad y hermosura, tranquilizeme y presté oído...

—¿Y entendisteis?
—Perfectamente: ese grito que sigue unas veces al trueno, precediéndole otras y despertando en quien le oye, multitud de tristísimos pensamientos, pronuncia siempre la misma palabra, la misma, con que esta noche designasteis varias veces á vuestro hijo... oídla con qué fuerza prolongando la sílaba, como si nunca hubiera de terminarla, dice:—Nooy.

—Sí, noy dice, voz catalana que sin exacta traducción en castellano puede tomarse por muchacho, querido, hijo, y otras palabras de la misma índole...

—Debe ser una madre que juzgando perdido á su hijo, le llama con vehemencia á fin de que la voz le sirva de guía y torne á su lado antes que la tempestad le envuelva y los lobos de la sierra le devoren... ¡Pobre mujer! ¿y no hay quién le preste amparo? ¿Quién encienda teas y corra en busca del infeliz?... ¿Os reís?

—Me río,—replicó D. Pedro,—porque en vuestro afán de aventuras, hubierais corrido como otro D. Quijote á salvar la inocencia del peligro que la amenaza.

—¿Y qué?
—Os hubierais estrellado, como el héroe de Cervantes, en nuevos molinos de viento.

—¿Qué queréis decir?
—Que ni está perdido ese *Noy*, ni es madre quien grita, sinó una infeliz privada de razón.

—¿Y dónde se halla que así se la oye?
—Por esos campos.

—¿Y eso se consiente? ¿Cómo no se la encierra? estuviera al menos más segura y no turbara con sus gritos el reposo ajeno.—¿Dónde está pues vuestra decantada caridad?

—En el corazón y las acciones de los buenos.

—Y si buenos hay...
—Es una historia, sencilla, oscura y vulgar; ignorada de muchos y apenas recordada de los pocos que la supieron; á conocerla modificaríais vuestro juicio comprendiendo que hay más piedad en dejar á esa ilusa cruzar los campos aún en la noche tormentosa, que á encerrarla egoístamente para que no turbe el ajeno sueño, en la celda siempre enojosa de un manicomio.

—Contad, pues, esa historia.
—Mirad que no contiene nada del género legendario, que no hay en ella bandidos, fantasmas, ni escenas admirablemente sublimes como en los dramas de vuestro Shakespeare; ni horripilantes y repulsivas, como en algunos de los genios de nuestros días, que hacen enterrar vivas á sus heroínas culpables, como los sacerdotes de Vesta á las sacerdotisas enamoradas. La pasión no tiene aquí nada de violento, todo es en ella natural, pobre y hasta humilde: si insistís en saberla, encended un cigarro, sentaos y prestadme atención.

Dijo D. Pedro, y como Blackstone se arrellenase en una butaca, presentole una bandeja con magníficos habanos, tomó uno el inglés, encendiólo y arrojando hacia el techo una gran bocanada de humo, contestó:

—No perdamos el tiempo, que es el mejor de los capitales: comenzad la historia, y *al avio*, como dice la gente *crua* del Perchel y de Triana.
D. Pedro sonrió, acercó su sitial á la butaca del forastero, sentose á par suya, encendió un puro y sin conmoverse ante el fragor del trueno y el lastimero grito que oyendo seguían, comenzó así:

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA DE PARÍS.

No sé á la verdad por donde empezar mi descripción de la fiesta nacional del 14 de julio, pues el recuerdo de sus varias diversiones se confunde en mi cabeza y me encuentro aún aturrido con el ruido de los petardos, músicas, gritos y aclamaciones. ¡Cuánta algazara, dioses inmortales! cuánta animación! cuánto entusiasmo!

El día considerado meteorológicamente no ha sido magnífico; el cielo se había encapuzado con espesas nubes, quizá para amortiguar el estruendo que de la gran ciudad subía hacia él.

De tanto en tanto caía una rociada que introducía el pánico en las filas de los pirotécnicos improvisados, pero pronto volvían á oírse con más fuerza las detonaciones: ¡habían abierto sus paraguas!

La inauguración de la estatua de la República, en la plaza de este nombre, se ha celebrado á las nueve de la mañana. M. Mathé, presidente del Consejo municipal y M. Oustry, prefecto del departamento del

Sena, han pronunciado muy bellos discursos: en seguida ha tenido lugar el desfile, siendo muy notados los batallones escolares, de que sin duda habréis oído hablar, por sus movimientos correctos y su actitud resuelta y marcial; la sociedad de Alsacia-Lorena ha excitado grandes muestras de simpatía. En suma, magnífica solemnidad.

¿Qué diré de la parada? No mucho: por de pronto por una razón de gran fuerza y es que no he asistido á ella, y después porque creo que notificando á Vds. que todos los movimientos de las tropas han sido ejecutados con precisión muy laudable y que los franceses no han escaseado los aplausos á sus defensores, habria dicho todo lo que decirse puede de esta clase de espectáculo, tan agradable.... para los que gustan de él.

Cada distrito, cada barrio y aún podría decir cada calle, se ha presentado con la iniciativa que le es propia, con su sabor particular, con el carácter que la distingue. Pero en todas partes veo la misma abundancia de mástiles, de gallardetes en papel tricolor, globos, estrellas, vasitos de diversos colores, arcos de triunfo, etc. Todas las casas están empavesadas y las hay que desaparecen en los pliegues de sus banderas y colgaduras multicolores.

En mi balcón ondeaba una bandera española y una francesa enlazadas, como símbolo, aunque pequeño, de los lazos que unen á España y Francia y que estrechó más y más la bella conducta de esta última, cuando nuestros desastres en Murcia. Para completar la ornamentación habia comprado algunos faroles á la veneciana que debían, por la noche, iluminar mi habitación con su luz vaga y encantadora. El efecto hubiera sido sorprendente; yo me veía ya citado en los diarios como hombre de gusto exquisito! y acariciaba locas esperanzas de éxito y fama! Pero vino la lluvia y por desgracia me encontraba fuera de casa: al regresar para preparar mi iluminación, no encontré en mi balcón sinó una especie de esponjas pegadas á la barandá que goteaban lentamente sobre los transeuntes el agua con que el cielo las habia regalado. ¡Pobres faroles, tan bellos algunas horas antes y ahora tan estropeados! Y pensar que lo mismo pasa con tantas otras cosas.....

Las representaciones teatrales han tenido inmenso éxito y se comprende fácilmente, pues como eran absolutamente gratuitas, los melómanos pobres no han querido perder esta excelente ocasión de satisfacer su pasión favorita y de oír sin alfojar los cordones de su bolsa, una de las principales obras del repertorio.

En la *Opera* se daban los *Hugonotes*. Yo he asistido á la representación de la *Dame blanche* y de las *Noces de Jeannette* en la *Opera* cómica.

Era de ver el religioso silencio y la constante atención con que aquel público, compuesto de abigarrados elementos de la población parisiense, seguían los menores detalles de las obras, el entusiasmo con que comentaban con sus aplausos la ejecución de las principales piezas.

Durante un entreacto *Belhomme* cantó de una manera soberbia la *Marsellesa*. Al escuchar este himno no sé lo que pasa en mí; siento la necesidad de gritar, de levantarme, de descubrirme y si no temiera parecer ridículo diría que contraigo á lo más hondo de mi seno los sollozos que anudan mi garganta.

Era aquel un espectáculo magnífico. El público se habia levantado en masa, con los lábios temblorosos, los dedos contraídos, los ojos humedecidos y de todos los pechos palpitando ha salido el grandioso grito de *¡aux armes, citoyens!* Puédesse no participar de las ideas que proclama en sus estrofas belicosas, este canto sublime, pero nadie dejará, al oírlo, de sentir escalofríos de emoción y repetir interiormente el estribillo lleno de ardor santo que hace penetrar en el alma el amor á la Libertad y á la Patria!

La fiesta del Trocadero ha sido espléndida y nunca se ha hecho nada más maravilloso sin duda alguna. Delante del palacio todo el parque estaba adornado con fuegos que iluminaban los árboles y césped como en medio del día.

La gran cascada hacia prorumpir en exclamaciones de admiración á los que iban llegando. Boreada por una línea de gas, con sus grupos de estatuas, sus cuarenta y ocho tazonos iluminados de la misma manera y cinco focos eléctricos instalados á sus costados, estaba deslumbradora: el agua que caía con gran estrépito tomaba bajo los múltiples rayos, todos los colores del prisma y la masa principal parecía un monstruoso diamante.

El palacio mismo era una verdadera ascua de oro, ofreciendo un espectáculo del más grandioso efecto sus cuatrocientas mil luces!

Creo, sin embargo, que el año próximo la fiesta nacional del 14 de Julio será aún más brillante, pues yo he tenido la previsión de arreglarle con el vendedor de faroles venecianos y podré desafiar á la lluvia: Me los fabricará impermeables!...

Ego.

PENSAMIENTOS.

Hay muchas personas que se creen buenas porque no han hecho en su vida mal á nadie. Esta bondad sería, en todo caso, la bondad de las cosas inanimadas. El tronco caído en medio de la selva, la peña aislada en el ribazo de un camino, el arroyo que corre y desaparece en la arena, no son perjudiciales, pero ¿son útiles?

El verdadero amigo es aquel que llora como pro-

pios nuestros infortunios. El que se regocija con nuestras alegrías, ó celebra nuestras victorias, puede ser simplemente un adulator.

Los que marchan más derechos por el sendero de la vida, son los que están más expuestos á caer.

Los que se arrastran no caen nunca.

La mujer que sin verdadera vocación, y solamente por huir de las asechanzas y peligros del mundo, se condena á la soledad y tristeza del claustro, me hace recordar aquellos desgraciados que al oír en casa del vecino la voz de fuego, se arrojan por la ventana á fin de salvarse.

Un día, hace ya mucho tiempo, la debilidad tuvo el capricho de disfrazarse de fuerza.

Acaso hubiera conseguido su objeto de engañar á la gente, si no tropezara á los pocos pasos con la verdadera propietaria del traje.

—¿Quién eres. le preguntó esta, que te pareces á mí, y á quien yo no conozco?

—He dejado de ser la debilidad, y no soy sin embargo la fuerza. ¿Cómo crees tú que debo llamarme?

—Si tu deseo es que algunos incautos te confundan conmigo, llámate la violencia.

Trabajar en favor del género humano, es poner la segunda firma en el pagaré de un tramposo.

M. DEL PALACIO.

NO SE PASA...

Los portazgos, alcabalas y demás contribuciones impuestas á los caminantes concluyeron, y con razón, hace ya mucho tiempo. Con todo eso, no hay ser viviente, colocado en la situación en que pone nuestro artista al galán cazador, que no pida pase y portazgo á la linda peregrina que intenta poner el menudo pié en su propiedad. Una flor, ó un beso, no arruina á ninguna joven, y los que miramos el grabado, parece como que tenemos la seguridad de que después de mucho pensarlo y reflexionarlo, el portazgo fué pagado en debida regla.



NO SE PASA, dibujo original de Roberto Benschlag.

MISCELÁNEA.

Se ha constituido en Palma de Mallorca una junta de señoras organizadora de un congreso femenino nacional que deberá celebrarse en aquella ciudad, habiendo ya tomado los acuerdos siguientes:

Publicar una circular manifiesto exponiendo el objeto del congreso.

Oportunamente anunciar la época de su celebración y fiestas públicas que lo hayan de solemnizar.

Organizar en toda España numerosas asociaciones que respondan á la grandeza de la idea iniciada, prescindiendo por completo de la política, cuidando de que no se susciten prevenciones ó antagonismos

que puedan malquistar con creencias religiosas, sociales y filosóficas.

Justificar que el congreso debe ser obra de todos y no contestar á provocaciones, haciendo siempre exposición de los fines nobles, grandes, útiles y generosos á que aspira la mujer.

Ofrecer un premio que será adjudicado á la mejor Memoria que se presente para demostrar la necesidad de que la mujer ocupe el puesto que moral, intelectual y materialmente le corresponde dentro de la civilización moderna.

Conformes en un todo con el levantado pensamiento por sus iniciadoras expresado en la circular

Catalina Forteza y Fuster, Antonia Servera de Torrents, Margarita Frau de Martorell.—P. A. de la J.—Las Secretarias, Francisca Vidal de Mateu, Isabel Vidal y Tous.»

La universidad de Londres ha conferido en el mes de Junio el grado de doctoras á cuarenta señoritas, que han pasado por todos los severos ejercicios y rigurosos exámenes con el mayor lucimiento. En el acto de la distribución de los premios asignados, el presidente se congratuló del progreso constante de

la instrucción, y estimuló á las jóvenes á seguir una carrera que pueden utilizar ventajosamente en la India, donde se han fundado pensiones y dotaciones considerables en beneficio de las profesoras en medicina.

La Galería Nacional de Londres ha adquirido recientemente uno de los más bellos cuadros de Andrea Montagna: *Sansón y Dalila*.

El carácter general de ese lienzo, da á comprender que fué pintado para formar pareja con el *Juicio de Salomón*, del mismo autor, que se encuentra en la Galería del Louvré.

Sansón y Dalila, ha sido vivamente disputado por M. Bourten, que obraba en nombre de la Galería nacional y un comisionista alemán, delegado de las autoridades de Berlín.

Este último elevó la puja hasta 2,200 guineas, (cerca de 57,000 francos;) pero como sus instrucciones no le permitían subir más, el cuadro fué adjudicado á Mr. Bourten por una diferencia de 50 guineas.

El lienzo tiene 14 pulgadas y media de altura, por 18 y media de anchura, y la pintura representa á Sansón dormido y echado con la cabeza sobre las rodillas de Dalila, ocupada en cortar los cabellos.

La galería Nacional tendrá ahora tres cuadros de Montagna, pues en su catálogo figuran ya otros dos que son: *La virgen y el Niño con San Juan Bautista*, y *la Magdalena y el Triunfo de Escipión*.

ADVERTENCIA.

Repartimos hoy á nuestras abonadas una preciosa *Romanza* para piano y canto, del distinguido y celebrado maestro D. Fermín M.^a Alvarez.

L' Orpheline es la tercera composición escrita expresamente, como todas las que publicamos, para nuestro *Album Musical* y no dudamos alcanzará de nuestras bellas suscriptoras los merecidos elogios que han obtenido todas las composiciones de su inspirado autor.

En el siguiente reparto daremos una notable composición para piano solo, que tenemos preparada.

BARCELONA:

Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, números 21 y 23.

que con tal motivo han dado recientemente á luz, ofrecemos dedicar á este asunto la preferencia que le corresponde en las columnas de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER. Entre tanto enviamos nuestro más cumplido pláceme á las distinguidas señoras que componen la junta organizadora del futuro congreso y cuyos nombres transcribimos á continuación, de la referida circular:

«La Presidenta, Magdalena Bonet de Rico.—Las Vice-presidentas, Francisca Planas de Alorda, María Cortés y Valls.—La Tesorera, Antonia Meliá de Capó.—Vocales, Dolores Carriera de Tocho, Juana María Cerdá de Almenara, Salvadora Reinés de Bosch, Vicenta Soler de Gutierrez, María Soriano de Alorda,

REVISTA DE MODAS

Y SALONES

Suplemento al núm. 5 de «La Ilustración de la Mujer»

REVISTA DE MODAS.

En los actuales momentos, mis bellas lectoras, en que el gran mundo emigra de la corte como obedeciendo á una consigna general, no hay que buscar en los encantados dominios de la moda, la descripción de los riquísimos trajes que nuestras aristocráticas damas lucieran durante el pasado invierno en elegantes salones, sinó la animada reseña de esos graciosos y sencillos trajes de viaje y de playa, que hoy tienen atareadas á nuestras más hábiles modistas. Todo en la presente estación es fresco y elegante, ligero y vaporoso. Como modelo para traje de jardín hemos visto uno sumamente bello confeccionado con *surah* de ese color indefinible que se ha hecho de moda bajo la denominación de *fresa aplastada*. Constaba el vestido que nos ocupa de túnica acabando en punta por ambos lados al objeto de dejar ver una preciosa quilla de encajes crema y la falda iba adornada con volantes de *surah* y encajes alternados. Una manteleta guarnecida de encajes y azabache y una capota de fondo brochado adornada con encajes crema completaban tan lindo traje, destinado á una de las más distinguidas damas de la aristocracia madrileña.

La misma dama y con objeto de lucirlo en los deliciosos paseos de San Sebastián llevaba en su equipaje que hemos tenido el gusto de examinar detenidamente un traje de paseo que llamó desde luego nuestra atención. Consistía en una falda con tres volantes plegados adornados con encaje crudo, túnica con *paniers* y un voluminoso *pouf*, chaqueta ajustada guarnecida con encajes también y sombrero *Cloche* adornado de encajes y plumas.

No podemos resistir al deseo de describir á nuestras queridas lectoras, un riquísimo traje lucido há pocos días en una aristocrática reunión por una de las reinas de la moda. La tela empleada en su confección era el raso azul turquesa, en general, pero el delantero se hizo con brocado azul pálido y terminaba con un volante de raso liso y un bullonado á punto de aguja. Dos *paniers* á lo Dubarry de raso azul liso se drapeaban con gracia en las caderas, uniéndose por detrás merced á una artística profusión de cogidos; el cuerpo era de raso azul adamascado con chorrera á punto de aguja, sobre la cual se destacaban á trechos florecitas de diamantes. Un cordón formado con grandes rosas de rey adornaba el cuerpo y uno de los lados de la falda, descendiendo luego en forma de banda desde el hombro izquierdo á la cadera derecha. Rodeaba la alabastrina garganta de la ilustre dama un precioso collar de diamantes y en la cabeza artísticamente rizada brillaba una rama de diamantes también mezclados con rosas.

No olvidando, bellas lectoras mías, que una de las prescripciones más ineludibles de la moda, consiste en elegir para casa trajes elegantes y cómodos, citaremos á este propósito una falda-matinée lindísima de percal azul oscuro con brochado de flores y adornada de tiras bordadas: la falda á que hacemos referencia se halla plegada de arriba abajo, á trechos, alternando los pliegues con tiras bordadas. En cuanto al paletot que acaba en punta, es ceñido y abierto

encaje, de lana tornasolada y de seda azul marino. Con todo la moda no se impone en absoluto; da una idea general de las corrientes hacia donde se inclina el buen gusto, á fin de que las damas puedan escoger un prudente término medio y nada más; su influencia no debe ser decisiva por no degenerar en ridiculidad, y á propósito de ello citaremos una anécdota que de fijo agradará á nuestras lindas lectoras.



Números 1 y 2.—Trajes de «chateau».

por delante sobre una camiseta azul fruncida en sus extremos.

Priva mucho para trajes de verano la tela llamada *velo*, de lana blanca listada con diferentes colores; los sombreros de paja trenzada adornados con flores campestres, y en los paseos se ven muchos vestidos de encarnado, azul oscuro, guarnecidos de

—¿Es cierto que no os parezco un canario?

—Nunca me habeis parecido más linda.

Talma no decía en aquellos momentos lo que sentía; la actriz le pareció feo con aquel traje, pero temeroso de que se negara á representar su papel, puso todo su empeño en convencerla de que el vestido era del mejor gusto.

Durante la época en que Mlle. Mars y el insigne Talma hacían furor en la nación vecina, elevando la comedia francesa á sorprendente altura, la joven artista compañera del gran actor vió un día entrar en su gabinete á uno de los más conocidos fabricantes de Lyon.

—Señora, se apresuró á decir el industrial, dispensad si os interrumpo; seré breve. Si queréis, podeis hacer mi fortuna.

—Yo, caballero! dijo Mlle. Mars sorprendida.

—Sin duda alguna, y de un modo muy sencillo.

—¿Cuál?

—Aceptando esta pieza de terciopelo amarillo.

—¿Dios mío! exclamó la joven, y qué queréis que me haga de ella?

—Un vestido, señora; si me concedéis este favor, todas las damas querrán tener otro parecido.

—Imposible, caballero, nadie ha llevado jamás un traje amarillo.

—Precisamente por eso trato de que lo lleveis vos, para ponerlo en moda.

—Os digo que no puede ser.

—Y yo os lo suplico por favor, señora, exclamó el industrial; me salvaréis de la más completa ruina.

La actriz compadecida del fabricante accedió al fin, mandó hacerse el vestido á pesar de las vivas protestas de su modista y algunos días después, al ponérselo para salir á la escena, casi se arrepintió de haber sido condescendiente.

Mlle. Mars estaba horrible con aquel vestido.

Llena de angustia, la actriz recordando que Talma poseía como no ha poseído actor alguno, el conocimiento perfecto de los trajes propios para teatro, le mandó llamar para consultar con él si podía presentarse en público con un traje tan raro.

—¿No me encontráis ridícula? preguntó al gran actor apenas la divisó.

—Ridícula querida amiga, contestó Talma con aplomo, al contrario, os encuentro vestida de un modo elegantísimo.

—Os digo lo que siento, prosiguió Talma al ver á Mademoiselle Mars indecisa, creo que hareis furor; más que un canario os parecéis un topacio, y esto os viene de molde; no hace ya mucho tiempo que sois el diamante de la comedia francesa?

Esta última galantería decidió á la artista, se presentó en escena, pero algun tanto inquieta.

Todos los jemeles se dirigieron á ella y un murmullo de admiración partió de todos los lados del teatro.

—Qué hermosa es con este traje! Qué buen gusto ha desplegado en su elección! decían todos.

Al día siguiente, París entero hablaba del vestido amarillo de Mlle. Mars; pocos días después las modistas sólo concecionaban trajes de terciopelo amarillo, y el afortunado fabricante no podía atender á los pedidos que se le hacían de distintas capitales.

Cuando algunos años más tarde Mlle. Mars pasó por Lyon el fabricante de terciopelos, enriquecido por ella, la obsequió con una espléndida fiesta en una preciosa quinta de su propiedad.

Ya veis, queridas lectoras mías, á donde conduce la influencia de la moda cuando es absoluta. A poner de moda cosas que no debieran ponerse nunca por estar reñidas con el buen gusto.

Cuando proyecteis haceros un traje, al consultar los figurines acordaos del vestido amarillo de Mademoiselle Mars.



3.—Traje con túnica drapé.

hasta el codo con hombreras de bucles cobre, guantes de Sajonia por encima de las mangas. Sombrero Valois de paja inglesa cuyos bordes van envueltos en bullones de surah cobre. Gran grupo de flores delante.

3.—Traje con túnica drapé.—Este elegantísimo traje se hace todo de encaje sobre un transparente de rojo marrón ó granate oscuro. Se adorna con 3 volantes de raso fruncidos medio cubiertos por otros 3 también de encaje fruncidos. La túnica que se corta á hilo se levanta por medio de pliegues sujetos por lazos de terciopelo ó de raso. El cuerpo-chaqueta corta por delante y por los costados se alarga por detrás en 2 paños cuadrados de 30 centímetros de largo, y que se rodean también de encaje fruncido.

4.—Traje guarnecido de plegados.—Este gracioso traje de verano es al par que sencillo, muy elegante. Nuestro modelo es de raso de América liso, color azul pálido, guarnecido de lazos de terciopelo azul oscuro de 6 centímetros de ancho. La falda va adornada de 2 tableados de 10 centímetros de alto. Un plegado igual guarnece toda la chaqueta y un encaje color crema adorna el cuello y las mangas. Gran lazo sobre el pico de atrás de la chaqueta.

5.—Sombrero con ala de paja y casco de encaje.—La paja es de color bronce; tiene 12 centímetros por delante y 7 centímetros por atrás. La copa es de 8 centímetros de alta y va cubierta de raso bronce y encima un bullonado de en-



5.—Sombrero con ala de paja y casco de encaje.



6.—Traje adornado de lazos de cinta.

caje de Sajonia el cual forma transparente. Los lazos y las bridas son de terciopelo color oro viejo; se sujetan por medio de alfileres dorados. Ramo de pensamientos y de *misotis* con hojas y capullos: el forro del ala es de raso marrón bronceado.

6.—Traje adornado de lazos de cinta.—Este elegante traje es de seda *glacé* á rayas menudas atravesadas, de color rosa pálido y oscuro, abrochado por la espalda; los lazos que adornan este vestido son de otomana y de *tisú* de felpilla: dos lazos de este género levantan la *draperie* por detrás. Para un traje de *soirée* la guarnición de estos lazos sentará muy bien. Se escogerá para hacerlos la cinta otomana de 3 centímetros de anchura y la de felpilla de 2 á 3 centímetros.

7 y 10.—Trajes de playa para señorita, espalda y delantero.—Falda de velo indio rosa pálido. El primer volante va fruncido; encima 3 volantes de bordado y sobre estos un volante doble que cae *bouffant* sobre el último volante bordado; Segunda falda del mismo color cae por detrás en 2 puntas. Cuerpo-blusa parisiense de seda ó de terciopelo otomano. Cinturón con hebilla de acero. Sombrero de paja blanca y negra: un terciopelo negro al rededor de la copa; grupo de rosas pequeñas delante.

8.—Traje para señora joven.—Tres grandes volantes y dos pequeños componen la falda, que se forman con rayas de raso bronce, alternando con bandas de color unido de *surah* verde



12.—Sombrero de paja y encajes.

pálido. Cuerpo coraza también verde pálido con adorno por delante de encaje y raso bronce. *Camail* de raso también bronce con cuello *primer-consul*, cerrado y bien ajustado al pecho por medio de un lazo de la misma tela. Sombrero de paja redondo forrado de raso granate. Cintas de raso del mismo color, al rededor de la copa y un ramo de rosas encarnadas delante.

9.—Traje de niña de 5 á 6 años.—Traje á la inglesa con *soutache* y bordado. Lazos color rojo oscuro en los hombros y al rededor del cuello. Cintura *écharpe* del mismo color y el adorno de la pequeña capota de batista cruda.

11.—Traje de playa para señorita.—Este elegante traje es de tafetán á cuadros blancos y granete. La 1.ª falda, va cubierta de pequeños volantes de bordados color rojo; la 2.ª falda de forma polonesa se levanta por el costado muy alta por medio de un largo lazo de raso crudo. Cinturón abrochado sobre un costado por medio de una hebilla herradura. Sombrero de paja *Borbona* con grupo de rosas encarnadas al lado.

12.—Sombrero de paja y encajes.—La copa es de paja negra y de 9 centímetros de alta y el ala es de tul fuerte de 12 centímetros de alta por delante y 3 centímetros solamente por detrás. Se forra de terciopelo negro, adornada de 3 tiras de raso



13.—Traje con echarpe drapé.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.
Madrid 20 de Julio de 1883.

EXPLICACIONES DE LOS GRABADOS.

1.—Falda adornada con 3 plegados color rosa de Rey.—El delantero de esta falda es de *surah* crudo, hecha con 9 pliegues iguales, sujetándolos por delante con 2 ricos encajes y bullones de cinta raso color rojo. El cuerpo por delante lleva el mismo adorno; cuello Catalina de Médicis abierto en punta en el pecho de *surah* color rosa rodeado de encaje. Cuerpo y *puif* de *surah* fondo rosado con arabescos rosa fuerte; mangas ajustadas desde el codo formando en el hombro bullón ancho acuchillado. Un encaje mosquetero adorna el final de la manga. Guantes largos por encima de la manga. Capota *lili* de granadina cruda con grupo y lazos de rosa de rey.

2.—Falda de *surah* glaseada color de reseda y cuero.—La falda interior va adornada de 3 *valayenses*. Uno color reseda; otro color cobre, y otro reseda. La falda á picos cuadrados cae sobre estos *valayenses*: un delantal cuadrado de riquísimo encaje, bien sea blanco ó de color de cuero, de una sola pieza, adorna todo el vestido por delante; á los costados 4 lazos con herretes en las puntas, bien de plata ó de oro formando quillas. La sobre-falda, muy levantada formando *puifs* naturales sobre el polisión y sujeta á la cintura por debajo de la chaqueta. El cuerpo de seda color reseda, es puntiagudo, adornado con un doble bullón *Valois* que va de cadera á cadera á unirse con los lazos. El pecho del cuerpo lleva un encaje igual al delantero puesto hacia fuera dibujando el chaleco *Renacimiento*. Tres lazos de cinta color cobre acaban su adorno. Cuello Médicis, formado de un rango de bucles color cobre y de dos filas de encaje; mangas



4.—Traje guarnecido de plegados.



7 á 11.—Trajes de playa.

color oro. Esta ala se cubre por 3 volantes de blonda española fruncida. Rodea la copa un terciopelo negro con 2 tiras y nudo de raso-oro. Bidas de raso de 2 metros de largas; grupo de 5 plumas, color rosa ó granete puestas sobre el ala.

13.—Traje con echarpe drapé.—Este modelo es muy coqueto para señoritas jóvenes. Se hará de gasa ó de velo de lana; la falda, va plegada de alto á abajo y es de color azul marino; la *echarpe* se hace de seda *glacé* color rosa y azul adornada de medallones brochados rojos. Esta *echarpe* tiene 60 centímetros de ancho y 330 de largo. El drapado se hace sobre los *paniers* graciosamente levantados, y después de haber formado anchas cocas por detrás se ata al costado izquierdo. El cuello, las solapas y el plastrón, son de terciopelo como el adorno de las mangas. Chorrera de seda y encaje.

14.—Traje con cuerpo de encaje.—Este traje, que es de gran novedad, se hará bien de seda ó de una tela ligera. El cuerpo es de encaje, del color del *tisú* empleado para el vestido, ó blanco, crema ó bien negro, que permite llevarlo con faldas distintas. Nuestro modelo está hecho de velo chino color rosa claro guarnecido de encajes. El cuerpo sin mangas es de encaje plegado á lo largo y puesto sobre un forro ajustado que cierra por delante. Las mangas van guarnecidas de un volante fruncido de encaje de 14 centímetros de alto. Brazaletes y lazos de cinta de raso. Un volante largo de encaje, guarnece la delantera de la falda, formando delantal de volantes sobrepuestos y sujeto por lazos.

15.—Peinado de jovencita.—Se puede hacer este peinado que favorece mucho, con cabello del largo ordinario. El de delante se riza á ondas y se coloca en *bandó*. El cabello de la nuca, dividido en ramales, se retuercen muy altos formando una serie de bucles que se sujetan por horquillas dobles de concha, llamadas horquillas «Feodora».

16 y 17.—Abrigos de viaje, espalda y delantero.—Estos sencillos al par que elegantes abrigos, se hacen generalmente de finísima lanilla inglesa; su forma es la de *paleoté* con manga



14.—Traje con cuerpo de encaje.

visita que se pliega en lo ancho del costado. Cinco pliegues en la espalda, dan la anchura necesaria á la falda. Este abrigo va abotonado por delante de arriba á abajo. Peregrina Cardenal ajustada en la espalda: cuello y solapas de terciopelo ó de satinete color oscuro: vueltas á la Religiosa en la manga. Sombrero Carlos IX de paja de capricho: rodea la copa una ancha tira de terciopelo ó grano de seda: hebilla nacar, acero ó plata. Plumas encarnadas en penacho.

EXPLICACIÓN DE LAS FIGURAS 17, 18, 19 y 20
DEL NÚMERO ANTERIOR.

17.—Traje plegado y abrochado por los dos lados.—

Este lindo modelo servirá perfectamente para una niña de 8 á 9 años. La falda se hace plegada y de velo color rosa pálido guarnecida de raso granate. El cuerpo se hace con cinco pliegues anchos sujetos por los dos lados por una hilera de ricos botones. Una ancha echarpe de raso granate atada por un lado sujeta este vestido á la cintura. Cuello y vueltas de mangas del mismo raso.

18.—Traje con peregrina.—Para el verano se hará este traje de piqué guarnecido de un bordado fruncido con 3 vivos de percal rosa. La peregrina abierta en la espalda, se guarnece así como los bolsillos y las vueltas de las mangas, lo mismo que el vestido. Por delante se cierra con una hilera de botones pequeños.

19.—Traje con cuerpo paletó para niña de 6 á 8 años.—Este traje se hace de velo verde claro; la falda es plegada y el paletó abierto sobre rica camiseta de encajes. El gran cuello peregrino puede hacerse de seda ó de la tela del vestido, guarnecido, bien de bordado ó de encaje. Gran lazo en la espalda del paletó.

20.—Traje blusa para niña de 6 á 8 años.—La blusa de este modelo se hace de cachemira muy fina ó de fular color granate y la falda de seda color crema con cuadros pequeños color granate. La blusa se abrocha por delante con botones pequeños y se forman 3 pliegues de 4 centímetros de ancho: la falda se forra con muselina para que la sostenga: los pliegues de esta falda son del mismo ancho que los de la blusa: el cuello fruncido se hace de seda de 17 centímetros de alto y 135 de ancho; va guarnecido con un ancho encaje igual á las vueltas de las mangas.

nuevas sólo sirven para echar á perder las telas y gastar mucho dinero; bien entendido que no teniendo un poco de juicio, un vestido viejo de tafetán

puede hasta servir de pretexto á una túnica costosa; pero esto es cuestión de buen gusto, de conveniencia personal y cada una de vosotras, queridas lectoras, sabe lo que puede y debe hacer en estas cosas.

Yo os doy el medio de utilizar los vestidos viejos de tafetán y no puedo ser responsable de los caprichos que este haga nacer en vuestra imaginación.

Para la túnica y el cuerpo de tales trajes se puede emplear el encaje negro ó blanco, muselina, batista ó velo. Este último tejido es de un efecto encantador, puesto sobre el brillante del tafetán. Yo he visto en aquel género, en casa de una de las principales modistas de esta capital, uno muy elegante. Componíase de una falda de tafetán granate, cubierta de pequeños volantes de igual color; la túnica era de muselina y descendía en delantal por delante hasta el último de los volantes; rodeábala una tira de cachemira donde dominaba el rojo azul, de 20 centímetros de ancho, y colocada á 5 centímetros del borde; el cuerpo de cintura redonda con cuello vuelto, de la misma cachemira; cinturón granate con lazo. Esta túnica se recoge por los costados por medio de un lazo flotante color granate. El puf se levanta casi hasta la cintura.

C.

SUMARIO

DE LOS FIGURINES Y GRABADOS DE MODAS
DE ESTE SUPLEMENTO.

Números 1 y 2. Trajes de «Chateau».—3. Traje con túnica drapé.—4. Traje guarnecido de plegados.—5. Sombrero con ala de paja y casco de encaje.—6. Traje adornado con lazos de cintas.—7 á 11. Trajes de playa. 7 y 10. Traje de playa para señoritas, espalda y delantero.—8. Traje para señora joven.—9. Traje para niña de 5 á 6 años.—11. Traje de playa para señorita.—12. Sombrero de paja y encajes.—13. Traje con echarpe drapé.—14. Traje con cuerpo de encaje.—15. Peinado de jovencita.—16 y 17. Abrigos de viaje, espalda y delantero.

MISCELANEA.

Llamamos la atención de nuestras amables suscriptoras acerca del nuevo grabado con que hemos sustituido en el presente número la primitiva cabecera de esta *Revista*, que atestigua nuestra decisión de realizar, sin anunciárselas de antemano, cuantas mejoras consideremos necesarias tanto en la parte artística y literaria como en la material de nuestra publicación, correspondiendo así al completo y satisfactorio éxito que ha tenido la fortuna de alcanzar.

En la familia real inglesa predomina la afición á la música. La princesa Luisa, durante su estancia en las Bermudas, compuso una Polka, que va á ser ejecutada por una banda militar en el próximo baile regio. Sabido es que su hermano, el duque de Edimburgo, es violinista de reputación, y autor del vals *Galatea*, bien conocido en el mundo filarmónico.

Una sobrina del ilustre Ricardo Wagner ha sido nombrada profesora real de la escuela de música del rey de Baviera. Es la primera vez que se concede esta investidura á un individuo del bello sexo.

El maestro Gounod en la soledad de Niwport, trabaja en la refundición de la *Saffo* que deberá dar el próximo invierno en la Ópera de París. Se habla de un baile griego en el cual aparecerán largas filas de jovencitas que desfilarán á la manera antigua al sonido de melodías en el toco y modo ipolítico.

BARCELONA:

Imprenta de Luis Tasso y Serra,
Arco del Teatro, 21 y 23.



15.—Peinado de jovencita.



16 y 17.—Abrigos de viaje, espalda y delantero.

RESURRECCIÓN DEL TAFETÁN.

Paris 20 de Julio.

El año pasado se hicieron algunos tímidos ensayos en su favor, pero las tentativas para poner de moda esta tela tan ligera como linda no dieron resultado alguno. Sin embargo la corriente de la moda se inclina cada vez más á aceptarle este verano. No se emplea para todo un vestido, como en otro tiempo, pero mezclado con otras telas, da realce y brillo á los trajes de fantasía. Se puede usar con buen resultado como guarniciones de primera falda; en pequeños volantes recortados, hace bonito, ligero y en perfecta armonía con los encajes que cada día están más en boga. Es el momento oportuno, queridas lectoras de sacar á luz nuestros antiguos vestidos de tafetán relegados en los armarios de reserva que una de nuestras bellas suscriptoras apellida, con suma gracia su «Museo de antigüedades».

La cuestión de la *toilette* pide como otra cuestión cualquiera saber aprovechar la ocasión. Esta por el pronto es el tafetán que se ha hecho su lugar á la clara luz del sol, sin perjudicar á ninguna de sus compañeras, pues ninguna fantasía está excluida, ni el mismo *surah*.

Lo que os hará tomar más interés por esta resurrección del tafetán es que pudiéndole llevar en volantes recortados permite renovar los bajos de las faldas, pudiéndose aprovechar por consecuencia los vestidos de la mamá y hasta los de la abuela. Vengan los maridos á decir después de esto, que las modas